

## NOTAS SOBRE EL ENSAYO DURANTE 2004

Adolfo Sotelo Vázquez  
*Universidad de Barcelona*

Al comprometerme tardíamente a realizar una selección de algunas obras significativas en el ensayo español y sus aledaños durante 2004, estuve tentando las listas de libros que seguramente me habían pasado desapercibidos y que merecían ser tenidos en cuenta en un balance como el presente. No eran tantos, ni tan decisivos como había podido sospechar, y, en consecuencia, volví sobre mis andadas, sobre mi primer plan previsto y aposté por unos cuantos libros diversos, imagen de las diversas direcciones editoriales de este género proteico en los comienzos del siglo XXI.

### I

Dos de las obras elegidas quieren ser ensayos de historia cultural o intelectual. Se trata de *Historia de las dos Españas* (Madrid: Taurus) de Santos Juliá y *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (Barcelona: Anagrama) de Jordi Gracia. Ambos son profesores universitarios que se han visto tentados por una escritura que trascendiera los márgenes de la investigación científica y que han alumbrado dos libros importantes.

La historia intelectual no es una tarea fácil, pero creo que a estas alturas se puede precisar la doble dimensión de su trabajo, según postula Roger Chartier en *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude* (París: Albin Michel, 1998), invocando la definición que Carl E. Schorske en un libro memorable, *Fin-de-siècle Vienne. Politics and Culture* (New York: Cambridge University Press, 1979), traducido por Gustavo Gili en 1981, había establecido:

El historiador intenta localizar e interpretar temporalmente el producto cultural en un campo donde se cruzan dos líneas. Una de las líneas es vertical o diacróni-

ca y mediante ella aquél establece la relación de un texto o de un sistema de pensamiento con expresiones anteriores de la misma rama de actividad cultural (pintura, política, etc.). La otra es horizontal o sincrónica y a través de ella el historiador calcula la relación del contenido del objeto intelectual con lo que aparece simultáneamente en otras ramas o aspectos de una cultura. El hilo diacrónico es la urdidumbre y el sincrónico la trama del paño de la historia cultural. El historiador es el tejedor, pero la cualidad de su tela depende de la resistencia y el color del hilo. Debe aprender algo de hilandería en las disciplinas especializadas, cuyos estudios han perdido interés por utilizar la historia como uno de sus principales modos de comprensión, pero que aún saben mejor que el historiador qué constituye en su *métier* un hilado resistente de auténtico color. El tejido casero del historiador será menos fino que el de ellos, pero si emula sus métodos en la confección, tejerá hilados lo suficientemente resistentes para el tipo de estampado que ha de producir. (15-6)

Los libros de Santos Juliá y Jordi Gracia no se atienen estrictamente a estas reglas fundamentales del trabajo de la historia cultural, dado que el primero, pese a la invocación generalista de Marc Bloch, parece más fascinado por los aforismos de Harold Bloom que por el rigor de los descendientes de Annales: “este libro no es una historia de las ideas sino de tramas narrativas que tienen que ver siempre con el presente aunque hablen del pasado y anuncien un futuro” (19). Nada que objetar a la diversidad de los relatos, ni a la voluntad de no edificar una historia trascendente, pero, en cambio quiero mantener algunas reservas en lo que atañe a hablar del pasado abonando mucho la inquietud y no atendiendo a las certidumbres. Dicho de otro modo: es necesario admitir —Michel de Certeau ha escrito páginas insoslayables en este dominio (77-138)— la tensión fundamental de la historia, entre una práctica que produce conocimientos y un relato que guarda las señas de identidad propias de su naturaleza, pero la intención de certidumbres, de verdad, no puede ser abandonada por el historiador, porque —cito a Roger Chartier— “sería dejar el campo libre a todas las falsificaciones, a todos los falsarios que, al traicionar el conocimiento, hieren la memoria” (105). En fin, es una estupenda idea la de las tramas narrativas, pero en el corazón de la disciplina histórica, está la dimensión de conocimiento, y ello exige analizar evoluciones, fuentes, influencias, fosilizaciones, etc., tareas en las que por cierto han trabajado con mayor o menor intensidad otros historiadores anteriores.

El ensayo de Jordi Gracia tiene pasión y riesgo, voluntad de examinar a otra luz “el rumor en que subsistió la cultura liberal” (386) en un tiempo sustantivamente fascista, pero camina alegremente sobre tramas narrativas poco consolidadas en ocasiones desde la exigencia de certidumbres, desde las constataciones del conocimiento positivista. Los historiadores de Annales habían combatido a Hegel: “historia cultural” frente a “historia filosófica”, invitando al historiador a abjurar de la postulación anticipada de un denominador común que Hegel denominaba el *Zeitgeist*. Pues bien, Gracia echa su cuarto a espadas

para formular unas características de los falangistas liberales, un denominador común de una parte de la resistencia silenciosa, presentada como alternativa heredera de una tradición liberal que parece llegar a estos jóvenes intelectuales como una fábrica homogénea y sin fisuras, en el fondo, sin un perfil preciso y riguroso.

*Historia de las dos Españas* y *La resistencia silenciosa* en su empeño de construir tramas narrativas parecen libros poco considerados con el dato preciso en el lugar oportuno. El libro de Santos Juliá confunde a Leopoldo Alas, autor de *La Regenta* y fallecido en 1901, con su hijo Leopoldo, republicano profesor de la Universidad de Oviedo durante la dictadura de Primo de Rivera, que es cronológicamente cuando se produce la confusión. Más perplejidad produce la invocación a José M<sup>a</sup> Salaverría como atinado analista del “arte reaccionario” que practican los escritores del 98, invocando unas palabras procedentes del artículo “La España pintoresca” (*ABC*, 19-V-1910) (96), que tiene como tema la pintura de Zuloaga y España como “un admirable motivo literario” (dato que silencia Santos Juliá). Al margen de otras consideraciones, invocar un artículo del reaccionario Salaverría de 1910 junto a la huida de Unamuno a la intrahistoria es simplemente otorgar una autoridad de la que carece a Salaverría y confundir al lector de las “historias”, porque Unamuno para 1910 anda en un debate con Ortega y Maeztu, cuya narración hubiese sido lo pertinente, y no amalgamar, sin certidumbres, la opinión de Salaverría con la apelación a la intrahistoria que don Miguel había formulado en 1895.

*La resistencia silenciosa* es un relato que cruza voces, registros, tiempos, etc., para acercar al lector a la construcción ideológica que Gracia defiende. Construcción ideológica con la que el autor del libro dialoga en ocasiones —y ello se agradece— pero distancia la obra del estudio de historia intelectual y la aproxima a un ensayo trepidante, en el que hay que confiar demasiado en el narrador. Me voy a referir a dos cuestiones de desigual importancia. La primera se atiene a los datos precisos.

Jordi Gracia contrasta el quehacer de Dámaso Alonso en *Hijos de la ira* (1944) —“el eje central de *Hijos de la ira* es el dolor de la orfandad, la desolación interior que ha dejado la guerra y el tinte existencialista que esa ausencia de Dios imprime a toda la vida de posguerra” (233)— con “la obra metafísica que emprende simultáneamente Juan Ramón” (234) y que centra en “libros como *Dios deseado y deseante* o *Animal de fondo* o esa forma de aplomo y plenitud que es *La estación total*, publicado en 1944” (234). El contraste le viene bien a su narración, pero los datos son inexactos. La editorial Losada publica en Buenos Aires en 1946, *La estación total con las canciones de la nueva luz (1923-1936)*: basta fijarse en el paréntesis para darse cuenta de que el poemario está escrito en Madrid y antes de la Guerra Civil y sin ninguna simultaneidad con *Hijos de la ira*. Además la mención de *Dios deseado* y

*deseante* o *Animal de fondo* necesitaría una aclaración: Juan Ramón publicó en la colección “Mirto” de Pleamar en 1949 *Animal de fondo*, mientras que *Dios deseado y deseante*, que integra a *Animal de fondo*, no es publicación juanramoniana stricto sensu, sino de la editorial Aguilar (Madrid, 1964). Ejemplos de este tipo menudean en la trepidante voz del narrador del relato *La resistencia silenciosa*.

Pero hay en el relato de Gracia silencios sobre cuestiones de mayor envergadura. Creo que con los datos en la mano, es decir, con las investigaciones de carácter positivista que se han llevado a término durante cerca de 40 años, estamos autorizados a sostener que una de los mejores y más consistentes direcciones de la tradición liberal española es la Institución Libre de Enseñanza, y las otras instituciones que se amamantaron a su vera bajo la sombra alargada de la personalidad de don Francisco Giner de los Ríos. Pues bien, en ningún momento, ni durante el preparatorio fascista, ni durante ni después de la conversión al liberalismo de los jóvenes intelectuales falangistas, el profesor Gracia se interroga por cuál es la valoración o el significado que la Institución Libre de Enseñanza tiene para estos jóvenes, que me temo tuvieron bastante de oportunistas (manejo el oportunismo en el sentido “clariniano” del término). Lo cierto es que los datos son tozudos y si el fascismo español odió alguna construcción liberal con todas sus fuerzas fue la Institución Libre de Enseñanza, la célula germinal de todos los males de la patria, según reza el “catecismo” *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza* (San Sebastián: Editorial Española, 1940). En dicho catecismo se dice —no hay por qué sonrojarse— “que entre los hombres de la revolución roja ha figurado la plana mayor de la Institución Libre” y los menciona: Negrín, Álvarez del Vayo, Araquistáin, Besteiro, Fernando de los Ríos, Jiménez de Asúa, Castillejo, etc. La Institución estaba, a juicio del colectivo que redacta el catecismo, detrás de cualquier actividad antiespañola, “desde el ministro erasmista al Presidente de la Comisión del traicionero Estatuto Catalán”.

Ahora bien, el antídoto contra esa fuerza oscura y poderosa —que resulta ser la columna vertebral del liberalismo español— viene dado en un compendio sin desperdicio que abre, tras el prólogo, el catecismo. Se trata del trabajo de Miguel Artigas, “Menéndez Pelayo y la Institución Libre de Enseñanza”. Los jóvenes falangistas lo aprendieron bien, lo asimilaron perfectamente, en el “real empeño” que Pedro Laín Entralgo fijaba en *Los valores morales del nacionalsindicalismo* (Madrid, Editora Nacional, 1941) con estas palabras: “servir desde su historia a esta España inmensa e irrenunciable que da presión y temblor a nuestro ser”. Menéndez Pelayo se convertía en el centinela contra krausistas e institucionistas. ¿Cómo se puede silenciar la actitud de estos ideólogos, de lo que andando el tiempo la memoria de uno de ellos llamaría “falange asumente”, ante la obra más señera y más viva del liberalismo español?

¿Cómo no explicar por qué Laín, Ridruejo, etc. —escritores de *Escorial*— consideran la Institución Libre de Enseñanza al margen de la verdadera historia de España? Olvidos o silencios que el narrador de *La resistencia silenciosa* no consigue disimular pese al fragor continuo y entusiasta de cada página. Pero los textos son y están al margen de que el narrador los quiera activar. Del abanico existente, me detengo en dos. En *Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo* (Madrid, Editora Nacional, 1943), Pedro Laín Entralgo cierra su análisis de la “polémica de la ciencia española” con estas inequívocas palabras:

Triste y curioso fenómeno este del krausismo y la Institución. ¿Por qué prendo de aquél con tanto vigor en los hombres reseco de la áspera y delicada Soria, en las senequistas tierras rondeñas y hasta en la suave y saudadosa Portugal? ¿Acaso sólo por su tendencia “armonista”, congenial con una nativa disposición de la mente española, como sostiene Menéndez y Pelayo? ¿Por qué la cauta y sinuosa Institución gana entre nosotros tan eficaz arraigo? Forzoso será que alguien trate más despacio estos incitantes temas y haga revisión de los resultados finales a que en la historia de la cultura española haya llegado esta siniestra línea combatiente de la polémica famosa. Una revisión que reconozca su contribución real a la educación científica de España; pero que, sobre todo, no olvide su inicial desconocimiento de la historia de España y su final traición a ella.

Es decir, el terco desconocimiento que los krausistas e institucionistas exhibieron de la verdadera historia de España, les acredita como liberales, pero a la vez como traidores. Demasiado dogmatismo para aceptar conversiones tan rápidas y oportunistas.

El segundo texto procede de *El Español* y lo firma el todopoderoso Juan Aparicio (*Españoles con clave*, Barcelona: Luis de Caralt, 1945). La Institución aparece como un clan que ha controlado la vida del Estado liberal, enemigo por excelencia de la verdadera España:

La familia institucionista se educaba aparte, en la escuela matriz de la calle de Martínez Campos, en el Instituto Escuela o en la Residencia de Estudiantes, o de Señoritas, manteniendo esta separación ante las personas menos puras, ante los parias y los chándales del país, ante los demás españoles. Las familias de la Restauración —canovista, sagastina e institucionista— se transformaron en la yernocracia, pues sólo a través de las hijas de los primates se podía trepar a las cumbres carpetovetónicas del Guadarrama, donde Giner de los Ríos —el abuelo simbólico de los paniaguados— repartía, en oculta cohesión con la política restauradora, diplomas de sabio, prebendas de profesor y sinecuras de Ministro. Abajo estaba España, con su Historia antiquísima y sus hombres a la intemperie, con sus soldados y con sus iglesias, con su plebe y su juventud. Abajo estaba España, con su gran familia militar y su gran familia proletaria, y su gran familia sacra, y su gran familia nacional, tan abajo que para subirlas hasta arriba ha sido menester la Revolución española.

Por otra parte, y para cerrar estos lacónicos comentarios al libro de Jordi Gracia, debo decir que me parece de perlas pautar la narración de *La resisten-*

*cia silenciosa* desde una obra, en efecto, extraordinaria, *Meditacions en el desert*, aunque Gaziel tiene una historia anterior intensísima a la que quizás se debería recurrir para entender las meditaciones del dietario 1946-1953.

Quiero recalcar, por último, en *Historia de las dos Españas* para discrepar de que se pueda entender la historia coral que el libro plantea sin análisis específicos de trayectorias e itinerarios. Por ejemplo, el acercamiento a las sucesivas interpretaciones de la “polémica de la ciencia española” (1876) daría algunas claves de las comprensiones de España: desde el fin de siglo XIX a los primeros años de la dictadura de Franco (los tiempos de *Escorial*) e incluso a las reflexiones que en el semanario *Triunfo* se ofrecieron en los últimos años del franquismo (baste recordar el extra *Los españoles* de diciembre de 1972). También para indicar finalmente mi sorpresa por la ausencia de cualquier comentario o alusión siquiera a libros fundamentales para la materia narrativa de *Historia de las dos Españas*. Así, en los comienzos de las historias echo en falta dos libros pioneros y contemporáneos: *La ideología liberal en la ilustración española* (Madrid: Tecnos, 1970) de Antonio Elorza y *Los orígenes del pensamiento reaccionario español* (Madrid: Edicusa, 1971) de Javier Herrero. En otros dominios es inexplicable la ninguna atención a los *Ensayos sobre el sentido de la cultura española* (Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1932) de Federico de Onís, a la magna antología *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos, 1895-1931* de Ángel del Río y M. J. Bernardette (Buenos Aires: Losada, 1946), y al libro de Julián Marías, *España inteligible. Razón histórica de las Españas* (Madrid: Alianza, 1985), que contiene un capitulillo muy sintético y muy lúcido, “La vitalidad sumergida”, que tiene mucho que ver con el vibrante y atractivo ensayo de Jordi Gracia.

## II

En otro orden de cosas, en 2004 han visto la luz tres libros en los que quiero detenerme y que completan otra vertiente de la industria editorial que debe tenerse en cuenta. Se trata de agrupaciones de textos de singular valor para completar un capítulo de la literatura española bastante descuidado: los textos ancilares de los grandes creadores que andan desperdigados o sin edición para los lectores del día.

Los tres volúmenes a los que me refiero son *Prosa Crítica* de Benito Pérez Galdós, *Viajes por Europa* de Emilia Pardo Bazán y *España 1936-1950. Muerte y resurrección de la novela* de Miguel Delibes. Dos de ellos —el primero y el tercero— están magníficamente editados, especialmente el tomo galdosiano, mientras el segundo tiene vocación e intenciones, pero la ejecución es lamentable.

*Prosa Crítica* (Madrid: Espasa-Calpe) es un tomo soberbio al cuidado del profesor José Carlos Mainer que se articula en seis tramos: escritos sobre poé-

tica narrativa, prólogos a obras propias, prólogos a obras ajenas, crónicas literarias, crónicas sobre música y artes plásticas y viajes, pasajes y acontecimientos. Seis tramos que internamente tienen una pertinente ordenación cronológica y una anotación eficaz de Juan Carlos Ara.

El haz de las prosas críticas de Galdós es riquísimo (Mainer en un espléndido prólogo apunta un buen número de temas y motivos imprescindibles para el buen conocimiento de las letras españolas del último tercio del siglo XIX), si bien dos aspectos son sobresalientes: Galdós crítico literario y Galdós viajero. En el primer aspecto el volumen es casi exhaustivo; no así en el segundo, que, sin embargo, da una imagen exacta del pertinaz viajero que fue el novelista, a la par que nos ofrece al Galdós pintor de paisajes españoles e inventor de una nación desde postulados intrahistóricos *avant-la-lettre*. Como escribe Mainer, “las notas de viaje de Galdós merecerían por sí mismas otra antología pero ha parecido conveniente que alguna de las más significativas complementen la nuestra” (LXXI). Antología, mejor dicho, recopilación completa, que, por cierto, está preparada para ediciones Destino y en la que ha colaborado conmigo la joven estudiosa Gemma Márquez.

En varias ocasiones he reclamado la atención sobre la utilidad de los dos modelos que Henri Mitterand propuso para la obra crítica de Zola: el discurso teórico naturalista y el discurso crítico y de análisis de las producciones narrativas. Son —escribe Mitterand— en último término dos modelos: una teoría general de la novela, modelo de producción para toda novela, lo mismo que enunciado de principios sobre los que Zola asegura construir su obra; y una crítica de las obras de otros, modelo de recepción, midiendo o creyendo medir con el rasero de la estética naturalista la producción narrativa contemporánea (*Zola et le naturalisme* y *Zola. L'histoire*). Usados con flexibilidad, y extendiendo su radio de acción más allá del estricto círculo naturalista, estos modelos pueden resultar útiles en el escenario de la novela y la crítica españolas desde 1870 a finales del siglo XIX.

Galdós no ocupa el lugar de privilegio en la crítica española de esta etapa que le corresponde a Leopoldo Alas, para quien las reflexiones teóricas de Mitterand convienen como anillo al dedo, pero un recorrido por los escritos galdosianos de teoría y crítica narrativa demuestran que dichos modelos son útiles, aunque se ensamblen de modo diferente. Así, por ejemplo, la carta magna del Realismo en España, “Observaciones sobre la novela contemporánea en España” es, a la vez, un artículo de recepción de dos libros de Ventura Ruiz Aguilera y un espléndido modelo teórico de lo que debía ser la novela realista. Lo mismo sucede en otros textos, en los que la producción y la recepción se amalgaman con diversas intensidades. En este sentido, es demasiado notable la ausencia en el volumen de varias “Revistas de la semana” procedentes de la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*, donde Galdós cola-

boró entre 1865 y 1867, y de *La Nación* (1865), en los preludios de su dilatada aventura de novelista. En estos artículos, no recopilados, se muestra de modo paladino el teórico y el crítico que late en el subterráneo del creador, que fragua al creador.

Seré muy breve en la lamentación de las ausencias. La mirada que Galdós proyecta sobre Madrid (el más importante cronotopo de su obra narrativa) no pudo ser ni costumbrista ni casticista. Estaba demasiado atento a las ráfagas confusas y vibrantes de la historia de España (que luego habitaran sus episodios y sus novelas). La ciudad se convirtió en el observatorio predilecto en la forja del realismo. En las calles de Madrid —“en esta colmena gigantesca donde zumban cuatrocientos mil abejorros, encontraréis acontecimientos más bellos, más interesantes, más alegres, y sobre todo más nuevos” (“Revista de la semana”, *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*, 28-V-1866)— Galdós, con ademán que recuerda a Balzac, encuentra un mundo de novela en un doble sentido: observación y documentación de la realidad, y hallazgo de figuras que, elevadas a entes de ficción, son la nueva materia estética del realismo. La observación de lo cotidiano, del entorno contemporáneo que envuelve al novelista, y el conocimiento de la zoología humana de la ciudad, son las condiciones indispensables del arte de novelar al que el maestro canario dotará enseguida de señas de identidad. Armonizando tradición hispánica y proyección hacia el futuro, Galdós postula una novela que sea capaz de abarcar la perspectiva toda de una ciudad como Madrid:

¡Cuántas cosas veríamos de una vez, si el natural aplomo y la gravedad de nuestra humanidad nos permitieran ensartarnos a manera de veleta en el campanario de Santa Cruz, que tiene fama de ser el más elevado de esta campanuda villa del oso! ¡Cuántas cómicas o lamentables escenas se desarrollarían bajo nosotros! ¡Qué magnífico punto de vista es una veleta para el que tome la perspectiva de la capital de España! Recomendamos a los novelistas que tan a saber explotan la literatura moderna, el uso de este elevadísimo asiento, donde sus ojos podrían ver de un solo golpe lo que jamás pudieron ver ojos madrileños, donde sus plumas podrán tomar, oportunamente remojadas, toda la hiel que parece necesaria a sazonar el amargo condimento de la novela moderna. Suban a las torres, y allí, colocados a horcajadas en el cuadrante, con un pie en el ocaso y otro en el oriente, podrán crear un género literario remontadísimo que desde hoy nos atrevemos a bautizar con el nombre de literatura de Veleta” (“Revista de la semana”, *La Nación*, 29-X-1865).

Muchos más textos abonarían estas tempranas notas de compromiso estético realista, que se concreta en la firmeza de su propósito de andar y desandar calles y plazas para comprender la fisonomía moral de la ciudad, y luego penetrar en los interiores de esa colmena humana. Entre ellos, uno, procedente de una “Revista de Madrid” (*Revista del Movimiento Intelectual de Europa*, 11-XI-1867), tampoco agavillada, en el que expone la fascinación que sobre él

ejerce la ciudad, su vía pública y moral, la vida doméstica, la arquitectura humana, el trasiego vital:

El conjunto de los habitantes de Madrid es sin duda revuelto, sordamente sonoro, oscilante y vertiginoso. Pero coged la primera de esas sabandijas que encontréis a mano, examinadla con el auxilio de un buen microscopio: ¿veis qué figura?..., ¿no os parece que tiene los rasgos suficientes en su fisonomía para ser tan individual como vos y yo? Y si pudierais con ayuda de otro microscopio examinar su interior, su fisonomía moral, su carácter, ¡cuántas cosas extraordinarias se presentarían a vuestros ojos! Y si de algún modo os fuera fácil enteraros del pasado, de la historia, de los innumerables detalles monográficos de cada uno: ¡qué de maravillas se presentarían a vuestra observación! Veríais hombres de treinta, de cuarenta y de cincuenta años devorados por toda clase de pasiones; hombres de veinticinco que razonan con la glacial serenidad de un sexagenario, y viejos de setenta que declaman con la apasionada verbosidad de un mozalbote. Observaríais las variadísimas manifestaciones de la locura, de la pasión, del capricho; locos de genio, amantes por travesura, celosos de oficio, monomaniacos de ciencia, de galanteo, de negocios; misántropos por desengaño, por gala y por fastidio; hombres graves, hombres desheredados; hombres frívolos, hombres viperinos, felinos y caninos; individuos, en fin, unidades, caracteres, ejemplares.

Desde Balzac a los Goncourt, pasando por Baudelaire, hubiesen suscrito el texto, que es una lástima no figure en esta *Prosa Crítica*, tan densa y sugestiva en todos sus contenidos.

Los textos del Galdós viajero ocupan un buen puñado de páginas, poniendo sobre la mesa la importancia de sus viajes a Italia, Francia, Inglaterra, etc. (el cosmopolitismo galdosiano), pero también su excelente pluma de viajero por Barcelona, por ejemplo. Muchos tópicos que han atenazado la personalidad de Galdós se desmoronan con la sola lectura de estas páginas. También la prosa viajera del novelista canario nos descubre su ideología nacionalista liberal, que va acompañada de una visión del paisaje y del territorio, “impregnado de referencias históricas y grávido de significados morales”, como oportunamente escribe Mainer (LXIX). Muy oportuna me parece la vinculación que establece el editor entre Galdós y Martín Rico y Aureliano de Beruete, al aire del ideario de la Institución Libre de Enseñanza, que sintetizó un artículo de don Francisco Giner de los Ríos, “Paisaje”, publicado por primera vez en 1886 en *La Ilustración artística*, y no en el *Boletín de la Institución* en 1905, como se afirma equivocadamente en el estudio introductorio. El paisaje, en efecto, acercaba a Giner y a Galdós a la caracterización intrahistórica del pueblo español, el verdadero sujeto del nacionalismo liberal español.

El gran Rubén Darío, cronista para *La Nación* de Buenos Aires de la España de 1899, dibujaba la personalidad de Pardo Bazán con estas palabras: “esta brava amazona que en medio del estancamiento, del helado ambiente en que las ideas se han apenas movido en su país en el tiempo en que le ha tocado luchar, ha hecho ruido, ha hecho color, ha hecho música y músicas, poniendo un rayo rojo

en la palidez, una voz de vida en el aire”. Mirada penetrante y buen tino el de Rubén, bosquejando el cosmopolitismo y la heterogeneidad de las labores intelectuales y literarias de la gran novelista gallega. En el mar todavía sin fronteras de su obra, tienen un perfil relevante sus trabajos y sus días de cronista de viajes y exposiciones: unos textos deslumbrantes de vida y plagados de curiosidad cultural por diversos lugares de Europa, especialmente Francia y París.

*Viajes por Europa* (Madrid: Bercimuel) agavilla con escaso esmero filológico “tres libros y medio de los publicados por EPB de temática viajera” y los acompaña con unas muy pobres y erráticas introducción y cronología, en la que Giner de los Ríos introduce el krausismo en España y Zola es reemplazado por Balzac en los debates sobre el naturalismo en España (¡parece que vale todo en muchas de las publicaciones del día!). Los libros que se incluyen completos son: *Mi Romería* (1888), *Al pie de la Torre Eiffel* (1889) y *Por Francia y por Alemania* (1889), mientras desaparece la última parte de *Por la Europa católica* (1902), que trata de la itinerancia por Castilla, Aragón y Cataluña. Quedan en el olvido las páginas que escribió en el verano de 1900 cuando cubrió las crónicas de la Exposición Universal de París para *El Imparcial*. La editora del volumen, Tonina Paba, nada explica de estas inconsecuencias.

*Mi Romería* son las crónicas del viaje que realizó a Italia desde finales de 1888 a enero del 89 por cuenta de *El Imparcial*, el prestigioso periódico madrileño que dirigía Ortega y Munilla, quien la acompaña en la entrevista veneciana a don Carlos, punto final del viaje, que ya se cuenta desde Marinada, su Coruña natal, a la par que escribe una transparente y jugosa confesión política, que explicita su mudanza desde las simpatías por la revolución del 68 a sus adhesiones carlistas. Infatigable viajera, meses más tarde da cuenta para una publicación periódica americana (que no es *La Nación* como repiten editores y críticos) y para la naciente *La España Moderna* de su estancia en París con motivo de la Exposición Universal y de su viaje por tierras alemanas. Las crónicas van desde abril a octubre del 89 y están contenidas en los libros *Al pie de la Torre Eiffel* y *Por Francia y por Alemania*. Escritos —como ella misma reconoce en el “Epílogo” del segundo tomo— “deleitando e interesando” y nadando “a flor de agua”, tienen toda la maestría jugosa y colorista de una de las mejores plumas viajeras de la literatura española. En el primer volumen su parada en Burdeos camino de París le sirve para recordar su estadía del año anterior en la Exposición de Barcelona, glosando la “coronación de Barcelona como emperatriz de la cultura moderna en España”. Son unas páginas magníficas y sólo cotejables con las que escribió Pérez Galdós con ocasión de los mismos días barceloneses. *Por la Europa católica*, inexplicablemente recortado, pese al discutible juicio de la editora (“representa la obra más madura de Pardo Bazán en el tema de la literatura viatoria”), reúne las crónicas del viaje a Bélgica y Holanda en 1901, escritas de nuevo para *El Imparcial*, que se

acompañan de unas notas francesas, producto de sus idas y venidas a dicho país, y de unas más breves notas portuguesas, escritas con motivo de su viaje a Lisboa de 1898. Más que madurez, el libro completo pone sobre el tapete el fragmentarismo y la heterogeneidad de las curiosidades de EPB: un rasgo que es virtud desde nuestro horizonte de lectura.

El abanico de viajes nos presenta, de un lado, la poliédrica personalidad gallega y universal de EPB en las muy abundantes noticias autobiográficas, a la par que por sus páginas transita la más variada temática, en la que lo más valioso siguen siendo sus juicios literarios (espléndidos los de los Goncourt, Paul Bourget y Eça de Queiroz) y sus impresiones artísticas, sin echar en saco roto sus notas y comentarios sobre el continente americano, al compás de su visita a varios pabellones de la Exposición de París. Cierto que algunas páginas patinan por su insoportable levedad o ligereza, pero tanto la escritura como la curiosidad intelectual y el afán de modernidad de EPB siguen vigentes, como en 1921, cuando con ocasión de su fallecimiento, Miguel de Unamuno escribió: “Ahora se verá cómo esa mujer singular nos ha dejado, entre otras lecciones, la de una laboriosidad admirable y la de una curiosidad inextinguible”.

En la barcelonesa imprenta Casanovas se terminaba de imprimir el 7 de marzo de 1942 el primer tomo de la colección “Áncora y Delfín”: se trataba del volumen de narraciones breves *Cavilar y contar* del maestro Azorín. Han transcurrido más de sesenta años y Ediciones Destino ha querido festejar el número mil de aquella colección publicando un libro de la personalidad más importante que con mayor continuidad ha dado a la luz sus obras en “Áncora y Delfín”: desde *La sombra del ciprés es alargada*, Premio Nadal 1947, y número 38 de la colección, hasta *El hereje* (1998), su última y magistral novela que lleva el número 828. Se trata del libro de Miguel Delibes, *España 1936-1950: Muerte y resurrección de la novela*. Felicidades a Destino, a “Áncora y Delfín” y, por supuesto, a una de las voces cimeras de la narrativa española del siglo XX, el maestro Delibes.

La prestigiosa, la más prestigiosa colección de narrativa española de la segunda mitad del XX, “Áncora y Delfín” se ha dejado habitar en su dilatada existencia por el descubrimiento paulatino e ingenuo de la existencia que se novelaba en *El camino* (1949), por la prosaica tragedia provinciana de Cecilio Rubes en *Mi idolatrado hijo Sisi* (1953), por la soledad de Eloy Núñez y la fidelidad de Desi en *La hoja roja* (1959), por la denuncia social de *Las ratas* (1962), por la magistral *Cinco horas con Mario* (1966) y su conflicto de mentalidades en el seno de la pequeña burguesía provinciana, por la parodia de corte kafkiano de *Parábola del naufrago* (1969), por el inquietante y pacífico personaje central de *Las guerras de nuestros antepasados* (1975), por la madeira de héroe de Gervasio en la novela de 1987, por la autenticidad elegíaca de *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991), por el desahogo humano de *Diario de*

*un jubilado* (1995), culminando el camino iniciado en 1957 por *Diario de un cazador*, o por las novelas histórica y de conciencia que se entreveran en *El hereje*, punto final de la narrativa de Delibes. Este abrumador listado no es ni mucho menos exhaustivo, pues las prensas que sucesivamente alumbraron los tomos de “Áncora y Delfín” conocen la bibliografía casi completa (artículos, ensayos, viajes, libros de caza, diarios, memorias, narraciones breves y más novelas) de un prosista excepcional en el gobierno de la lengua, de un novelista magistral e imprescindible y de un escritor de cuerpo entero, del que el sabio crítico e historiador de la literatura española, Gonzalo Sobejano, ha destacado un rasgo unificador de su escritura: “la gravedad ingénitamente moral de su caminar hacia la autenticidad”.

El número mil de la colección debía honrar a Delibes y lo hace con un libro que nos presenta sus cualidades de lector, sus juicios penetrantes —cordiales en lo estético, severos en lo ético— de crítico de sus contemporáneos, y latiendo siempre en el fondo de sus notas y de sus conferencias su ideario de novelista; la ética-estética de su órbita narrativa.

El libro está articulado en dos partes. En la primera (notas escritas en los años 50 y comienzos de los 60) Delibes revisa las obras de sus contemporáneos: el grupo anárquico e intuitivo de la primera posguerra, dominado por la figura de Camilo José Cela, si bien matizado rigurosamente por el interrogante, “¿Piensa Cela sinceramente que él y sólo Él es la novela de posguerra?”, que Delibes formula a finales de los años 50; el grupo que se da a conocer corriendo la década de los 50 —“los niños de la guerra”— conformado por Aldecoa, Sánchez Ferlosio, Fernández Santos, Matute, Juan Goytisolo y Luis Goytisolo; y el exilio, caracterizado por unas notas muy escasas, donde apenas se rozan los quehaceres de Ramón J. Sender y Manuel Andújar. La segunda parte, que recoge cuatro conferencias en torno al fenómeno narrativo, trata del oficio, de la práctica y de la andadura del novelista Delibes, atravesando cinco estadios del medio siglo de novela recorrido por su obra: la primera posguerra, el grupo de los objetivistas del medio siglo, la promoción del realismo social, la novelística de vanguardia y experimental, y el cosmopolitismo de los últimos veinte años del siglo pasado.

Teniendo presente el calendario de las notas de la primera parte, que origina algún leve desliz cronológico, hay que reconocer en ellas una finura de lector y unas valoraciones de crítico de gran calado. Dejando a un lado el capitulo del exilio, lo medular de estas notas está en el análisis de la persona y la obra de Cela, Gironella, Suárez Carreño, Laforet, Tomás Salvador, Luis Romero, Lera, Castillo-Puche y los antes citados como miembros de la generación del medio siglo. Delibes atina en el perfil de la máscara que envolvía al CJC, personaje de las letras españolas, es leal con sus propias señas de identidad cuando elogia la versatilidad unificada por un estilo definido y propio de

Cela (en la primera carta que le escribió, fechada el 24-VII-1948, para remitirle *La sombra del ciprés es alargada*, le decía: “le estimo a usted como uno de los mejores representantes de la joven literatura española”) y, sobre todo, es coherente con su poética de la novela al desconsiderar el valor de *Mrs. Caldwell habla con su hijo* apoyándose, sin embargo, en el torpe juicio de Alborg. Las opiniones sobre Laforet y Suárez Carreño son elogiosas, en cambio, son muy severos —en lo ético y en lo estético— los juicios acerca de Gironella y Salvador. Subraya “el drama colectivo muy en línea de la novela moderna” que anida en *La noria*, pese a su total silencio sobre *La colmena*, y comparte la verdad narrativa de *Los clarines del miedo*, mientras discrepa del temperamento volcánico de Castillo-Puche.

De los narradores del 50 es excepcional el análisis humano y literario de Sánchez Ferlosio: *Anfanhuí* y *El Jarama* le parecen dos obras maestras de la fantasía y la observación, pero lo verdaderamente aleccionador es cómo recuerda los dibujos que Rafael realizaba para el solaz de su hija Marta, y otros detalles de alta densidad humana. Anota la maestría de Aldecoa en el relato breve y se detiene en la perfección fría, nada emotiva, de Fernández Santos. Con la Matute es muy severo: “Vale más la música que la letra”, lo mismo que con Juan Goytisolo, aún admitiendo que “hay algo ingenuo en la literatura inicial de Juan que aconseja no precipitarse al catalogarlo”.

En la segunda parte del libro lo decisivo es lo que era la medida de enjuiciar en la primera: la poética de la novela según Delibes. Las conferencias al estar escritas en diferentes momentos de su trayectoria revelan los elementos perennes de su preceptiva narrativa, asentada sobre el personaje —“captar la esencia del hombre y apresarla entre las páginas de un libro es la misión del novelista”— y sobre la necesidad de una ética-estética en la misión del escritor, explicada con diafanidad por Delibes en el memorable texto que cierra el presente libro: “estoy por asegurar que sin norma ética como guía es muy posible que mi obra literaria, buena o mala, no se hubiera realizado”.

Los márgenes y el tiempo del presente artículo se cierran. Como corolario quiero apuntar cinco libros sobresalientes que andan en las fronteras del ensayo y que son —los cinco— un prodigio de inteligencia. Me refiero a *Los discursos del gusto. Notas sobre clásicos y contemporáneos* (Barcelona: Destino) de Francisco Rico, *El viento ligero en Parma* (México: Sexto Piso) de Enrique Vila-Matas, *Entre paréntesis* (Barcelona: Anagrama) de Roberto Bolaño, *La experiencia abisal* (Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de lectores) de José Ángel Valente y *Fragmentos de un libro anterior* (Santiago: Universidade de Santiago de Compostela) de José Luis Pardo. Punto final.

## BIBLIOGRAFÍA

- Certeau, Michel de. *L'écriture de l'histoire*. Paris: Gallimard, 1975.
- Chartier, Roger. *Au bord de la falaise*. Paris: Albin Michel, 1998.
- Mitterand, Henri. *Zola et le naturalisme*. Paris: PUF, 1986.
- . *Zola. L'histoire et la fiction*. Paris: PUF, 1990.
- Schorske, Carl E. *Viena fin-de-siècle*. Barcelona: Gustavo Gili, 1981.